



La fiebre del oro.

HAY en Buenos Aires una esquina famosa, á la cual acude la gente para contemplar el espectáculo que más puede interesar á un pueblo como este. En apariencia, todo es ahí lo mismo que en las demás esquinas del centro. Los hombres pasan rápidamente. Y vosotros, los que no estáis iniciados en los secretos del Banco y de las Bolsas, ni siquiera volvéis hacia ellos la vista. Pero los verdaderos ciudadanos de la metrópoli, los que sienten palpitar en su pecho el corazón ávido y fantástico del negocio, ven en cada uno de esos pasantes á un héroe de cuento de hadas. Deteneos un minuto junto á un grupo y oiréis:

—Aquél vino sin nada... ni más ni menos

que tú... y hoy tiene cien leguas de tierra en la Pampa.

O bien:

—Ese es el que quebró en 1889... Estuvo en la cárcel... Ahora es cien veces millonario...

O bien:

—El más pequeño es el propietario del Banco... Yo le conocí descalzo en el muelle...

Y es de observar entonces el fervor supersticioso con el cual los que esperan, y desean, y codician, contemplan á los que ya han sido canonizados por el éxito. Dueños de grandes riquezas en una época en que la riqueza es el mayor atractivo de la vida, los banqueros aparecen cual la encarnación de la dicha, del poderío, de la fuerza, de la tranquilidad. ¿Qué pueden temer, qué pueden desear, de qué pueden preocuparse siendo tan ricos? Cuando la gente sensata les cuenta los millones, acaba por exclamar:

—¡ Con unos cuantos que me diera, ya no querría yo nada más!... ¿Para qué amontonar centenares, cuando cuatro ó cinco bastan?...

Es cierto... Cuatro millones, cinco millo-

nes, ¿qué más ha de querer un millonario cuerdo para gozar de la existencia?

Yo, por mi parte, confieso, empero, que el banquero ó el bolsista que sabe detenerse á tiempo y marcharse con sus novecientos mil dólares de renta anuales bien saneados no me interesa. Mis millonarios son los que carecen de cordura y no se detienen nunca, por muchos millones que posean. En esta fiebre, en efecto, es donde reside la grandeza verdadera del gran acaparador de riquezas. El que, una vez dueño de la fortuna que puede darle lo que en nuestra época se compra, piensa en retirarse de los negocios, en aprovechar lo adquirido, en gozar, en fin, de la vida, es como el conquistador que se contenta con el primer pueblo sometido á su fuerza. La Historia está llena de ejemplos de esta clase; pero son ejemplos que nadie recuerda. En cambio, César, Carlomagno y Napoleón, conquistadores insaciables, conquistadores que conquistan por conquistar, que ni siquiera conocen las tierras que poseen, que no calculan lo que valen los países, sino únicamente el esfuerzo que se necesita para adquirirlos, aparecen en el mundo como seres sobrenaturales. ¿Y qué son los Astor, los Vanderbilt,

los Rockefeller, los Mackay, sino grandes conquistadores del oro, caballeros errantes de un ideal, locos perseguidores de una quimera? Entre ciertos sabios ya es cosa vulgar la creencia de que la sed de los millonarios obedece á una verdadera enfermedad ó, mejor dicho, á un desequilibrio. El oro no tiene en sí mismo nada que pueda atraerlos. Viviendo una vida de trabajo y de fatiga, no piensan jamás en placeres. Desde que se levantan hasta que se acuestan no hacen más que trabajar. En sus oficinas, en sus estancias, en sus Bancos, en todas partes, son los primeros. Sólo en el descanso son los últimos. ¡Qué digo descanso! La palabra misma choca cuando se trata de estos seres.

Y el trabajo no es nada. Lo trágico es el perpetuo temblor que agita sus almas. Porque en la realidad, lo mismo que en la novela de Julián Martel titulada *La Bolsa*, un simple sacudimiento basta para convertir en humo el más grande, el más fuerte hacinamiento de riquezas. Y es que, al contrario de lo que nos figuramos los pobres, los millones, por lo general, no son sino abstracciones, cifras, quimeras. Los reyes de la Bolsa juegan con ellos lo mismo que los poetas juegan con

las imágenes. Un raptó de inspiración los hace poseedores de todas las fortunas del día. Un descuido los arruina. Pero poderosos ó desafortunados, lo único que en realidad tienen son números escritos en papeles.

Sólo que esos números embellecen más vidas que las imágenes maravillosas de los poemas divinos. Nosotros, los que nos creemos artistas, hablamos con desdén de las gentes de dinero y las llamamos positivistas. ¡Ojalá lo fueran! ¡Ojalá supieran lo que en la vida real es un escudo ó un millar de escudos! ¡Ojalá tuvieran una noción, siquiera aproximativa, de lo que se puede hacer con el oro! Los positivistas somos nosotros, que cuando ganamos dos duros, ó cien duros, ó cien mil duros, los contamos, los gastamos ó los guardamos; nosotros, los que por sacar con facilidad un billete de la cartera nos creemos generosos; nosotros, los que no tenemos más idea de lo que es el dinero que la noción burguesa y grosera de lo que es sonante y contante. Nosotros somos los avaros. Ellos, no. Ellos viven en un perpetuo delirio, en el cual las más grandes fortunas no son sino elementos de combinaciones ideales. Ellos no saben de lo que tienen sino las cifras. Ellos

no han visto jamás lo que pesa entre las manos la ganancia de un día ó de una hora. Ellos hacen hileras terribles de ceros tras un número uno. Cada mes quitan ceros ó ponen ceros. Por ponerlos, ellos se atormentan, ellos sufren, ellos se matan. Que haya veinte ceros más ó veinte ceros menos poco importa para sus existencias materiales. Todo lo que es lujo corriente les tiene sin cuidado. Los productos de unas cuantas casas ó de unas cuantas estancias daríanles lo que basta para satisfacer todos los caprichos suntuosos. Mas ellos no tienen caprichos. Lo único que tienen es imaginación. Y con esa imaginación, que es más ardorosa que la del Dante, trabajan día y noche para lograr aumentar los ceros, los terribles ceros, los adorables ceros. Tras los millares llegan los millones; tras los millones, los billones. Los espíritus groseros se indignan ante tal aumento de riqueza, porque cada cero les hace creer que un nuevo dominio, un nuevo trigal, un nuevo rebaño, ha dejado de pertenecer al pueblo para caer en el arca de los acaparadores. ¡Figuraos lo que puede representar en fanegas de cereales, en cabezas de ganado, en fincas urbanas, el millón de millones de un rey cualquiera

de la Bolsa! Sólo que esos reyes desdeñan las fincas y las cosechas. Los ceros, para ellos, son ceros, nada mas que ceros, ceros formidables, ceros ideales. Cuando aumentan, con inscribirlos en un libro basta. Cuando disminuyen no hay mas que borrarlos. Las granjas siguen perteneciendo á los humildes ricachos, que comen de sus productos. Los edificios suntuosos son de burgueses adinerados. Ellos, los multimillonarios, no guardan mas que papeles azules ó rosados, grises ó blancos, en los cuales se ven cifras en filigrana. Y si uno de ellos un día lograra arruinar á todos los demás, lo único que vería, al entrar radiante en su casa por la noche, sería un boletín con muchos ceros, muchos ceros, muchos ceros...

Muchos ceros no son mucho dinero. Los banqueros yanquis lo saben ahora por experiencia. Muchos ceros no son mas que muchas quimeras, convertidas en engañosas realidades por el genio de los grandes especuladores. Con hacer subir un valor basta para aumentar la fortuna de los millonarios. Con acciones de ciudades que no existen, cual la imaginada por Fouchez, ó de productos que aun no son sino fantasías, se hace subir y

bajar la pirámide de cifras que constituyen la fortuna de los multimillonarios.

Y es menester que un día el demonio de la ruina se divierta, no en borrar los ceros que siguen al número uno, sino en borrar el uno mismo, para que los grandes poetas de los millones noten que sus riquezas no eran sino una magnífica quimera.

Leyendo *La Bolsa* y viendo la existencia del protagonista, notamos lo poco que sirve ganar millones de millones cada mañana. ¡El infeliz doctor, que ni siquiera tiene tiempo de hablar con su esposa, de dar un beso á sus hijos! Y así son los demás, todos los demás: los de Nueva York como los de Buenos Aires, los de Londres como los de París. El millonario es uno de los tipos más uniformes de las civilizaciones actuales. En general, tiene un esposa y una querida porque así lo exige el caso, lo mismo que tiene coches y automóviles, lo mismo que tiene caballos ingleses, lo mismo que tiene un cocinero francés. Pero ¿de qué le sirve todo eso? Ni le sirve, ni lo ve, ni siquiera sabe que existe. Lo único que le interesa es el juego, la marea del alza y de la baja, el huracán de los negocios, que amasa y dispersa los ceros como si fueran

arenas de un desierto. Fuera del juego, no piensa en nada. Pero, á decir verdad, ¿cuándo está fuera del juego? Si en silencio, apoyado en el balcón de su gabinete de trabajo, parece contemplar las flores de su parque, lo que realmente examina es el erial de sus esperanzas ó de sus angustias. En la mesa, en el paseo, en todas partes, sus cálculos lo acompañan. Y de noche, durante las breves horas de sueño que los nervios le conceden, un desfile de fantasmas pasa por su ensueño, gritando cifras misteriosas y murmurando nombres enigmáticos.

Su frialdad es aparente, nada mas que aparente. Mientras mayor parece, menos tiene de real. En Nueva York, todo el mundo recuerda la historia del famoso John Kee. Sus amigos le llamaban el Impasible. En una tiendecilla de la Sexta Avenida hizo su primer millón. Luego puso una tienda mayor y dobló su fortuna. Entonces, tranquilo y silencioso, renunció al comercio para consagrarse á la Bolsa. Los señores feudales del Stock Exchange lo vieron llegar un día con la cartera llena de billetes. La suerte le fué favorable, y en unos cuantos años llegó á amontonar la cifra de ceros necesaria para pa-

sar por un príncipe todopoderoso. Frío y suave, perdía ó ganaba. Una tarde, después de acaparar la mayor parte de los títulos de la Union Pacific, se puso á soñar que los millones corrían hacia él atropellándose. Dió orden de vender. Al día siguiente, cuando llegó á la Bolsa, le dijeron que estaba arruinado. En su rostro no se vió la menor crispación. «¡Arruinado!», murmuraba la gente á su alrededor. Sólo él no decía nada. Con el cigarro en los labios y el lápiz en la mano, parecía calcular lo que aquella palabra significaba verdaderamente. ¡Arruinado! Todo lo que en una vida de esfuerzos exclusivos había reunido, desaparecía de pronto, arrebatado por un capricho del Destino absurdo. Su tiendecilla de la Sexta Avenida, con sus diez años de sacrificios que representaba; sus grandes almacenes, sus combinaciones geniales, sus ilusiones, su salud, todo, todo se desvanecía como las nubes color de rosa de un miraje oriental. «¡Arruinado!», dijo en su cerebro una voz misteriosa. Pero su rostro no se inmutó. «¡Arruinado! ¡Arruinado!» Y como herido por un rayo cayó muerto en medio de la Bolsa. Había sucumbido impasible en apariencia.

¿No se diría que es esta la historia que, transportada á Buenos Aires, sirvió á Martel para trazar la silueta del héroe principal de *La Bolsa*?

Yo había visto siempre, en la manera moderna de comprender los grandes negocios, una poesía. La locura, que consiste en sacrificarse para amontonar millones de los cuales ni siquiera se goza, que casi no existen, que para nada sirven, parecíame algo como una bella pasión enfermiza. Pero un filósofo francés me contradice. «En ese modo de entender el tráfico del oro—escribe—hay algo más que una fantasía oriental. Hay una moral.» Todo un nuevo sistema de ética, en efecto, ha descubierto Paul Gaultier en la existencia de frenética especulación bursátil de Nueva York y de Buenos Aires que, creando un alma nueva, da á las dos grandes razas americanas una mentalidad y una sentimentalidad dignas de estudio.

Los que por ironía se oyen llamar barones de la «alta finanza» ó señores feudales del oro, son, realmente, los miembros de una nueva aristocracia. La palabra plutocracia no les conviene. No son dominadores que se sirven del oro para tiranizar, no son com-

pradores de voluntades, no son corruptores de multitudes. Para ser los primeros no necesitan servirse de sus tesoros. Esos tesoros no simbolizan sino un signo de fuerza, de heroísmo, de energía. «He aquí los millones de millones que he ganado», clama un señor de Rosario ó de Mendoza; y en esas palabras hay un orgullo igual al de nuestros abuelos, que decían: «Ved los pueblos que acabo de conquistar.» Un puñado formidable de títulos de renta representa lo mismo que un legajo de pergaminos. Ambas cosas son sagradas, porque refieren leyendas de energía.

¡La energía! Tal es la síntesis de todas las épocas orgullosas de la Humanidad. La energía de un prupo de fanáticos creó el cristianismo; la energía de una sociedad ávida de refinamientos creó el Renacimiento; la energía de unos cuantos capitanes aventureros creó el nuevo mundo; la energía de un solo hombre creó la epopeya napoleónica. Y hoy que la vida se ha hecho metódica; hoy que la guerra se ha convertido en una operación de formidables matemáticas, sólo un campo queda abierto para los que se sienten ávidos de demostrar sus fuerzas y sus apetitos. Ese campo es el negocio, el tráfico del oro.

¿Por qué extrañar, pues, que un filósofo estudie la moral de la Bolsa, como otros estudiaron la moral del sistema feudal ó la moral del espíritu guerrero? Desde el principio de su tratado, Paul Gaultier establece la realidad de la situación y hace ver que entre un millonario americano y un tendero judío hay tanta diferencia como entre un conquistador de pueblos y un cortador de bolsas. «Todo es robo», dicen los que quieren comparar á Napoleón con Juan Moreira. Está bien. Todo es negocio igualmente. Pero dentro del negocio, como dentro del robo, hay héroes. «Lo que en los negocios admiran tales negociantes—» escribe Gaultier—no es la riqueza que proporcionan, sino el esfuerzo que exigen. «Aman los negocios con amor real, porque en ellos ven, con justicia, la virtud de sostener y de engrandecer la voluntad. Un Banco, una Empresa ferrocarrilera, una estación, una salchichería ó una fábrica son para ellos excelentes escuelas de energía. En esto estriba toda la razón de sus razones, y es una buena razón. Los negocios forman, cuando no héroes, por lo menos hombres fuertes. El dinero, que es, de un modo práctico, el fin del negocio, el inspirador del

»trabajo, no tiene, á los ojos de esos héroes, »sino el valor de representar el precio del »esfuerzo en esta época en que el super- »hombre podría muy bien no ser sino un »gran industrial.» Tales son los argumen- tos del filósofo nuevo. Y, á mi ver, no son ni mejores ni peores que los de todos los filósofos. Cuando se quiere exaltar un método de vida no hay mas que dos ó tres grandes virtudes que atribuirle. La virtud del esfuerzo es una. En ella reside la riqueza y la vitalidad de los pueblos. Ella dió antaño á Venecia y á Castilla sus laureles de oro. Ella cargó en las Indias Occidentales los galeones para la Monarquía católica. Ella llenó de metales preciosos, en Egipto y en Chipre, las galeras de la serenísima República. Hoy su forma inicial cambia. Pero su esencia es la misma. Y así, esos portefeuos de la Bolsa de valores, que conquistan millones cual nuestros abuelos conquistaron fortalezas, no son sino los idealistas fundadores de familias orgullosas, á las cuales, dentro de un siglo, no les quedará tal vez más tesoro que el de poderse proclamar nietos de los que hoy obtienen, á fuerza de heroísmo, una corona mural de oro macizo.

¿Tienen los grandes especuladores una noción exacta de todo esto? Viéndolos pasar por la famosa esquina de esta calle de los Bancos de Buenos Aires, casi me figuro que no. Nada en ellos, exteriormente, indica el orgullo. Nada revela tampoco la dicha, la satisfacción, el contento. Y por una especie de fantasía absurda de la vida, yo me figuro hoy, al contemplar sus rostros, que siendo los más envidiados y los más poderosos, son, sin embargo, en una ciudad que respira la alegría, los únicos que no saben lo que es sonreír...